

Con menos tenia bastante un héroe acostumbrado á desbaratar los innumerables batallones de los infieles con diez ó doce mil, ó cuando mas, con quince mil combatientes. Ofendido personalmente el viejo Balaban, á quien Scanderberg llamaba *la vieja*, porque no tenia barba, mandaba el sitio de Croya. Este general turco, que desde la clase de soldado raso habia llegado al puesto que obtenia, pasando por todos los grados de la milicia, estaba dotado de una capacidad igual á su mucho valor. Aunque Scanderberg le habia derrotado muchas veces, no tuvo por conveniente emplear desde luego sus tropas visoñas contra aquel viejo astuto. Sabiendo que á pesar de cinco meses de continuos ataques, estaba todavía muy distante la ciudad de caer en manos del enemigo, fue á buscar á Junima, que llevaba á su hermano Balaban un refuerzo de veinte mil caballos. Esta tentativa fue una victoria completa, de cuyas resultas temió Balaban verse acometido muy en breve con todas las fuerzas del vencedor. Por tanto quiso apoderarse inmediatamente de la plaza, dió un asalto, y perdió la vida en él. En vano se lixongeo su egército medio derrotado de evitar su ruina total, retirándose de noche, porque habiéndole buscado Scanderberg, completó la derrota, y perecieron casi todos los enemigos. Pero no gozó mucho tiempo de sus triunfos el azote de los infieles.

50. Poco despues cayó enfermo en Lisa, ciudad de Albania, y muy en breve se agravó su mal hasta llegar al último extremo. En estos postreros instantes

manifestó Scanderberg todos los grandes sentimientos de fe y de piedad que habia conservado inviolablemente desde que el Señor le sacó de las tinieblas del mahometismo. Aborrecia con particularidad los vicios vergonzosos que constituyen la dicha de esta religion voluptuosa y enteramente carnal; y en medio del tumulto de las armas procuraba conservar, y conservó en efecto entre sus soldados, todos jóvenes y solteros, unas costumbres tan admirables como las hazañas que fueron principalmente los frutos de esta disciplina cristiana. Hallándose ya sumamente postrado, recibió la noticia de que habian entrado en sus estados quince mil turcos: con lo que su grande alma recobró toda su energía; dió las órdenes convenientes, inspiró á sus oficiales el valor de que él estaba animado, mandó que saliese á campaña el pequeño egército que tenia siempre pronto; fueron derrotados los turcos, y tuvo el consuelo de morir victorioso. Habia triunfado de ellos veintidos veces en los tiempos mas felices del imperio turco, y algunas otras contra el mas formidable de sus sultanes. Serian increíbles estos prodigios, si no conviniesen en ellos todos los autores contemporáneos. Es verdad que estos escritores varían en el orden y en algunas circunstancias de los hechos, pero no puede darse mayor uniformidad acerca de lo substancial y prodigioso de las hazañas que hemos elegido entre otras infinitas menos acreditadas. Cuando supo Mahomet la muerte de aquel segundo Macabeo, se olvidó de toda decencia y circunspeccion, y exclamó saltando de gozo: „¿quién

me quitará ahora esterminar á los cristianos, puesto que han perdido su espada y su escudo?" En efecto, conquistó muy pronto la Albania, habiéndose entregado casi sin resistencia la ciudad de Croya, famosa por haber rechazado tantos asaltos. Despues tomaron los turcos á Lisa, desenterraron los huesos de Scanderberg, á los cuales tributaron una especie de culto, los repartieron entre sí, y los engastaron en oro y plata, para llevarlos á los combates, donde se persuadian que habian de ser invencibles con las reliquias de aquel héroe. Su hijo, Juan Castrioto, que era todavía niño, fue llevado á Calábria, donde le habia dado unas posesiones considerables Fernando, que debia el reino á su padre, porque el héroe de la Religion habia creído deber sostener á un Rey á cuyo favor se habian declarado los Papas, contra su competidor Renato de Anjou.

51. En un reencuentro particular habia tenido el turco Balaban alguna ventaja sobre las tropas de Scanderberg, é hizo prisioneros ocho oficiales célebres por sus grandes hechos, entre los cuales habia un sobrino del Rey, llamado Musacho, ó Moisés. Los envió á Mahomet, cargados de cadenas, y el sultan los instó por todos los motivos imaginables á que renunciassen la fe; pero la respuesta que le dieron fue despreciar sus persuaciones: por lo cual mandó que los desollasen vivos.

52. El Beato Andrés de Chio, llamado así porque era natural de aquella isla, manifestó igual valor en un martirio mucho mas cruel. Fue acusado

malignamente en Constantinopla, y contra toda verdad, de haber abandonado la Religion cristiana, y de haber vuelto á abrazarla despues: lo que era un delito irremisible segun los principios de los musulmanes. Se le hicieron muchas promesas, para moverle á renunciar la fe de Jesucristo; pero así éstas como las amenazas que se le siguieron, fueron igualmente inútiles. Por último, le abandonaron á la mas cruel y refinada barbarie, pues todo el tiempo que pudo sobrevivir á la violencia de los tormentos, le cortaban diariamente alguna parte de su cuerpo, y no le degollaron hasta que convertido todo él en una herida, y descubriéndosele casi todos los huesos, parecia que aquel esqueleto sangriento y agitado de una palpitation espantosa iba á exhalar el último principio vital, que no podia ya contener en sí mismo. No pudo menos Mahomet de admirar el valor de Andrés, y así permitió á los cristianos que le diesen sepultura honrosa. Jorge de Trebisonda asegura, que algunos años despues vió el cuerpo de este mártir sin ninguna corrupcion; y añade, que habiéndole invocado, se libró de un naufragio naturalmente inevitable: lo que le movió á escribir su historia.

53. El Emperador Federico, que habia hecho voto de ir en peregrinacion á Roma, le cumplió en el mes de Diciembre del año 1468, y como el Sumo Pontífice no se olvidaba jamás de la guerra contra los turcos, creyó que este viage seria mas favorable á sus designios. Pero parece que lo acertó mejor el pueblo maligno de aquella ciudad. „Se sorprendieron,

dice el historiador Krantz ⁽¹⁾ al ver que vivia el Emperador. ¡Tal era la opinion que tenian de su inutilidad comprobada por su conducta! Fue muy obsequiado por el magnífico Pontífice; se mantuvo á espensas de la iglesia romana por espacio de diez y siete dias él y toda su comitiva, que pasaba de seiscientas personas; le hicieron muchos regalos, teniendo él particular complacencia en esto; hizo oracion en San Pedro de Roma para cumplir su voto, leyó el Evangelio con alba y túnica entre dos cardenales; y asistió al consistorio, en el cual se trató largamente de los progresos de los turcos, y del peligro á que estaba espuesta la Religion, bien que sin determinar cosa alguna, ni tomar providencias efectivas. No obstante, confirmó el Papa, á instancias del Emperador, el orden militar de San Jorge, que acababa de instituir el mismo Federico para hacer la guerra á los infieles.

54. El año siguiente estableció Luis XI el orden de los caballeros de San Miguel, cuyo número no debia pasar de treinta y seis. Les dió un collar de oro, con conchas enlazadas en una cinta doble, y puestas en unas cadenitas tambien de oro. En medio de él habia una medalla, en que estaba grabada la imagen del Arcangel San Miguel, patron del reino. El traje ordinario era un manto de tela de plata, que llegaba hasta el suelo; y en ciertas ceremonias era de damasco blanco, bordado de conchas enlazadas en un forro de armiño, con una caperuta de terciopelo

(1) *Krantz. 13. Vandalis. I.*

carmesí. El fin del fundador era, segun el juramento que exigió de los caballeros, sostener la dignidad de la corona y los derechos del Monarca. Pero se sospechó del carácter oblicuo de Luis XI, que lo que se habia propuesto con aquel establecimiento era tener á sus órdenes á los grandes del reino, á lo menos cuando asistiesen á los capítulos. Y como los hombres suelen solicitar la esclavitud, si la acompañan algunas esterioridades brillantes, pretendieron á porfia aquel nuevo lustre las personas mas condecoradas del reino, y aun los Príncipes de la sangre; y el político Monarca procedió con tanta economía, que aunque el número de los caballeros no habia de pasar de treinta y seis, jamás le llegó á completar en su reinado; siendo muchos mas los grandes que estaban en la corte con la esperanza de ser agraciados, que los que ya lo habian sido.

55. Paulo II hizo tambien una nueva institucion, ó por mejor decir, una estension de la antigua gracia del jubileo, reduciéndola al espacio de veinticinco años. Se espidió la bula en 1470, y debia egecutarse cinco años despues, porque los progresos de los infieles obligaban á buscar todos los dias nuevos medios para conseguir la proteccion del cielo ⁽¹⁾.

56. Habiendo hecho voto Mahomet en el año anterior de no descansar blandamente, de no regalarse en la mesa, de no gozar ningun placer, ni volver la cara al occidente, hasta haber atropellado á todos

(1) *Pap. Comm. l. 7.*

los adoradores de Cristo, y esterminado el cristianismo desde oriente hasta occidente en honor del Dios de Sabaoth y del profeta de la Meca, empezó su cumplimiento por los venecianos, que acababan de arruinar la plaza de Alena, uno de los mejores puertos que tenían los infieles, situado en Tracia, y llenos de terror enviaron al Papa una copia de aquel monumento de un fanatismo increíble. Entretanto aprestó Mahomet una armada de mas de cien galeras con un número mayor de buques de todas clases, y dió el mando de ella al gran visir, el cual, mientras llegaba un ejército de ciento veinte mil hombres, que debía mandar el sultan en persona, saqueó á Lemnos, y se apoderó de Timbra.

57. Todo aquel armamento formidable habia de caer á un mismo tiempo sobre la isla de Negroponto, la mas considerable del mar Egeo, y propia de los venecianos. Estando pronto el ejército, se acercó la armada, y formaron entre los dos el sitio de Calcis, capital de la isla. Luego que supo la república el peligro á que estaba espuesta una plaza tan importante, envió una escuadra respetable, por el número de velas; pero tuvo poco acierto en la eleccion de su comandante. La isla de Negroponto, que es la antigua Eubern, está separada del continente por un brazo de mar tan estrecho, que habia en él un puente para pasar de una parte á otra: y la escuadra veneciana, protegida con las baterías de la ciudad, podia romper fácilmente, por cuyo medio hubiera cortado á Mahomet toda comunicacion por la parte de tierra,

privándole aun de las provisiones necesarias, y dejando de ser sitiador se hubiera visto él mismo sitiado. Este poderoso motivo, el ardor de todos los capitanes venecianos, las continuas instancias que hacian á su almirante, el tierno espectáculo de los sitiados, que desde lo alto de la muralla le alargaban las manos en ademan de suplicarle, y con lastimeras voces imploraban su auxilio, nada de esto fue capaz de mover á aquella alma vil á esponerse al menor peligro, ni aun á salir de su estúpida inaccion. Además de la desidia del gefe, hubo tambien un traidor perverso, llamado Tomás Liburno, que enseñó á los turcos los parages por donde ofrecia la plaza menos resistencia; y de este modo cayó en poder de Mahomet despues de treinta dias de sitio.

58. Para tomar venganza el cruel sultan de la muerte de cuatro mil hombres que habia perdido, la abandonó al saqueo y á todo el furor de los soldados. Habiendo salido el noble veneciano, Pablo Ériso, bajo la palabra del Gran-Señor, de un fuerte adonde se habia retirado, le partieron por la mitad del cuerpo. Su hija, que unia una virtud heróica con una rara hermosura, fue ahorcada por no haber querido condescender con los torpes deseos de aquel bárbaro seductor. Al fin, el vil comandante de la armada veneciana fue preso por su sucesor Pedro Mocénigo, el cual le envió al senado, cargado de cadenas, y allí se le condenó á destierro perpétuo. Habia encontrado Mocénigo cuarenta y seis galeras, á las que se agregaron poco despues otras veinte enviadas por el Papa,

y diez y siete que dió Fernando, Rey de Nápoles. El nuevo almirante, en nada parecido al primero, inquietó con este armamento todos los mares del Archipiélago, é hizo en ellos terribles destrozos.

Al mismo tiempo no omitia el Papa diligencia alguna para levantar un ejército proporcionado á la armada. A fuerza de repetir sus instancias con el Emperador Federico, el cual se divertia entonces en viajar y en grabar en las paredes de las posadas este emblema de la indolencia: *el olvido es el remedio de los mayores males*, logró que se juntase en Ratisbona una dieta numerosa, en la que se resolvió poner en pie un ejército de doscientos mil hombres, y señalarle un sueldo fijo sobre las contribuciones de cada particular, á cuyo efecto se dispuso de comun acuerdo, que el que tuviese mil escudos de renta, habia de dar un hombre de á caballo, y el que quinientos, uno de á pie, y así todos los demás á proporcion de sus rentas, ya escediesen ó no llegasen á las sumas indicadas. Los que tenian un duplo ó triplo, debian presentar dos ó tres hombres, y los que tenian menos, debian unirse para suministrar el soldado ó soldados que les correspondiesen. Tal era en aquellos tiempos el sistema de la administracion política, en la que jamás se tuvo presente la distancia que hay entre la teórica y la práctica. ¿Pero cuándo han dejado de alucinarse los hombres de cálculos inexactos, y los proyectistas de planes impracticables? Otro error, que apenas puede concebirse, era el de confiar estas grandes operaciones á los Papas, que por lo comun

eran viejos, ó estaban enfermos, y muchas veces juntaban ámbas cosas, de manera, que ninguna llegaba á tener efecto, consumiéndose en preparativos inútiles todas las contribuciones.

59. Habia muerto Pio II del mismo modo que Calisto III y Nicolao V, en el momento en que estaba todo dispuesto ya para la destruccion de la media luna; y Paulo II murió, como Pio, estando hechos los mismos preparativos, é igualmente próxima la egecucion. Algunos dias despues de la dieta de Ratisbona, en la noche del 27 al 28 de Julio de 1471, le acometió un accidente apoplético, y fue tan repentina su muerte, que ni pudieron darle ningun socorro, ni hubo nadie que le viese espirar. Tenia entonces Paulo II cincuenta y cuatro años, y habia ocupado siete la santa Sede. Se volvió á tratar muchas veces de la guerra contra los turcos, y siempre bajo el mismo plan, hasta que á fuerza de esperiencias se substituyó al entusiasmo de un valor efímero una conducta mas lenta, mas uniforme, y por lo mismo mas temible. En efecto, hay ciertas preocupaciones, cuya destruccion no puede lograrse, sino variando enteramente las ideas y las costumbres, y dejando que el tiempo acabe de completar la obra.